

Viernes Santo

Is 52,13-53,12; Sal 30,2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25;

Hebr 4,14-16; 5,7-9; Jn 18,1-19,42

Se dice que en el Campo de concentración de Auschwitz los alemanes colgaron a dos judíos y a un adolescente ante los hombres del campo de concentración, allí reunidos. Los adultos murieron rápidamente. ¡La agonía del adolescente se prolongó alrededor de una media hora! "¿Dónde está Dios, dónde?", preguntó alguien a mis espaldas. Como el adolescente seguía debatiéndose aún en la extremidad de la cuerda, oí al hombre reclamar de nuevo: "¿Dónde está..." - Aquí... colgado de la horca está.

El relato de la Pasión nos adentra en la respuesta al gran interrogante ¿por qué el Mesías hubo de padecer? No se trata de un fracaso o de un engaño. Es un camino querido por Dios. Por eso no todo termina en la muerte. Dios no puede dejarle en el sepulcro. El amor no muere. De ahí la Pascua. Y de ahí el valor redentor de la Cruz.

En la pasión del Señor se detallan los pasos de sus despojos y anonadamientos. Pero leyendo entre líneas, se narra también una maravillosa historia de amor. Porque amor es:

-desde querer ardientemente comer la Pascua con los suyos, hasta poner su espíritu en manos del Padre;

-desde el curar la oreja del criado hasta pedir perdón por los verdugos;

-desde mirar a Pedro cobarde, hasta regalar al ladrón el Paraíso;

-desde su oración de agonía en el Huerto, hasta las palabras de consuelo a las piadosas mujeres. Se olvida de sí para curar y consolar al que lo necesita: amor y misericordia.

Hoy es una tarde para adorar y dar gracias porque alguien se ha decidido a amar totalmente. A adorar y dar gracias porque Dios ha querido asumir la historia humana totalmente para convertirla en historia divina, en historia de salvación.

Al adorar la Cruz y proclamarla como signo de victoria, la comunidad cristiana comienza a vislumbrar, en la Cruz, la gloria de la Pascua. La Cruz que adoraremos en unos momentos más no es expresión de un desenlace fatal y trágico, sino el símbolo de la salvación conquistada para siempre y del triunfo de la vida sobre la muerte. Esta tarde debe resonar en nuestras iglesias con más fuerza que nunca este himno: "Victoria, tú reinarás; oh Cruz, tú nos salvarás".

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)